

No pretendo que los escritores en Colombia dejen de dictar charlas y conferencias. Qué le vamos a hacer. Quienes escribimos en este país tenemos que descender de cuando en cuando a esos terrenos anegadizos en busca del esquivo pedazo de pan. Tampoco pretendo que Montaña sea un mal escritor. No lo conozco, pero algunos amigos comunes me han dicho que además de un gran cocinero, se trata de uno de los hombres más graciosos y simpáticos del mundo, y uno de los mejores conversadores. No lo dudo. Personalmente, he gozado de varios de los libros de Montaña, en particular de su *Fauna social colombiana*, e incluso de aquella crónica novelada sobre la vida de don Casimiro Eiger y la navegación a vapor por el Magdalena. Pero éste no tiene nada que ver con aquellos.



Suele suceder que una alumna toma notas taquigráficas, cuando una más tecnicada no lleva simplemente una grabadora de la que después extrae juiciosamente copias escritas para el resto de los alumnos. Esto tiene sus ventajas pero muchos más inconvenientes. En primer lugar, el libro está lleno de errores de transcripción. Colbert se convierte en Coulbert... Maetzu en Maetzu. Además, sin toda la parafernalia de la charla en vivo y en directo, sin la atmósfera y el calor del momento, sin el *live* sino apenas el *replay*, las ideas resultan simplemente ramplonas:

“La coquetería no es otra cosa que la afirmación vanidosa, o vital, de la mujeridad”. ¡Mujeridad! O bien, “la mujer mueve el vientre y la cintura mimando un coito”. ¡Qué elegancia! O “Juan va a perder la cabeza, como la perdemos todos los enamorados ante la belleza, y todos los bobos ante un ombligo convertido en ojo del huracán”. Dudo además que el adjetivo “debilitación” sea correcto. Incluso resulta poco adecuada la conclusión muy colombiana después de una profunda mirada al fenómeno donjuanesco: “Sintetizando, Don Juan es buchipluma”.

Ahora bien, no podemos decir que sus reflexiones no sean interesantes. Lo son, y seguramente la clase que las produjo es bastante agradable y entretenida. Y es claro que en el libro también se cuele uno que otro dato simpático como cuando nos dice Wolfflin que Rubens les da a sus mujeres categoría de “pellizcables”. Es acaso lo único que nos puede hacer pellizcar en estas páginas.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## Lecciones entretenidas de economía

### Finanzas y financistas

Juan Camilo Restrepo Salazar  
Bucaramanga, Sic Editorial, 2005,  
245 págs.

No soy un experto en el tema económico. Admito que no todo en la historia son intrigas, banquetes y batallas. Y reconozco que todo el que pretenda de gustar de la historia tiene necesariamente que conocer algo de esa infraestructura que es la economía. Los libros de Juan Camilo Restrepo tienen ese don tan esquivo al libro económico: son amenos. Al leerlo se me olvida que está hablando de impuestos y políticas fiscales y no de emocionantes aventuras históricas.



Alejado temporalmente de “la cosa política”, Juan Camilo Restrepo se ha refugiado tras la barrera a considerar la economía y la misma política desde el punto de vista del analista y del periodista. Ahora publica un libro de ensayos sobre momentos económicos que han hecho historia en el mundo y en Colombia.

Debo resaltar, con la conciencia un poco culpable de no haber prestado al autor la ayuda que en materia documental me solicitó, sus estudios sobre dos transacciones famosas por la audacia y rapidez con que fueron ejecutadas, y porque cambiaron en su momento la geopolítica de la historia. La primera fue la compra de Luisiana por el presidente Jefferson a Napoleón. Y la segunda fue la compra que hizo Disraeli de un paquete accionario bastante importante de la sociedad del Canal de Suez en 1875.

Debo destacar, igualmente, el magnífico estudio sobre los fisiócratas y sobre Turgot, primer ministro de Finanzas de Luis XVI, un personaje que, como dice André Maurois acerca de Sully, “era unánimemente detestado, como debe serlo todo buen ministro de Finanzas”. Simplificando las cosas, escribe Restrepo, podemos decir que el rótulo del pensamiento económico de la Ilustración fue el de la fisiocracia.

Luis XVI, “menos tonto de lo que se cree”, tuvo varios famosos ministros, pero ninguno tanto como el per-



sonaje al que el autor dedica otro amplio ensayo: John Law. ¿Era éste un genio o un aventurero farsante? De la lectura de este libro, parece que ambas cosas. Fugitivo de la justicia, como en el más absurdo de los cuentos de hadas, se refugia en el reino vecino de Francia, donde asciende hasta llegar a ser algo así como un gran visir del rey. Especie de Jaime Michelsen de la época, “organizó un sistema de financiación a través de su banco para prestar dinero con el objeto de comprar sus propias acciones”. Elogiado por Schumpeter (lo califica como uno de los mayores teóricos monetarios de todos los tiempos), Law fue, con gran ventaja en el tiempo, el primero que advirtió que el manejo de la moneda y del crédito eran uno de los mejores medios para dirigir el proceso económico. Nos cuenta Restrepo que poco antes de que el sistema se derrumbara propuso, por ejemplo la creación de las cuentas corrientes, tal como hoy las conocemos, para multiplicar los medios de pago sin necesidad de recurrir a la engorrosa impresión del papel moneda. Preconizó la desmonetización del oro, y la decretó, dos siglos y medio antes de que la Asamblea del Fondo Monetario Internacional reunida en Jamaica, llegara a la misma conclusión.



Del estudio de la obra del americano Hamilton, Restrepo pasa a hablarnos de los primeros grandes eco-

nomistas de la historia colombiana. “Entre la visión fiscal del primer ministro de Hacienda de los Estados Unidos, Alexander Hamilton y el primer ministro de Hacienda de Colombia, José María del Castillo y Rada, no deja de haber sugestivas coincidencias”.

Por otra parte hay una línea de pensamiento económico que parecen seguir todos estos financistas elogiados por Restrepo. Castillo y Rada, por ejemplo, tiene “acentos fisiocráticos”. Escribía: “Diríjanse nuestros conatos a promover la riqueza individual y pública y queda resuelto el problema. No hay necesidad de establecer nuevos impuestos. Todo se consigue con hacer que se multiplique el producto de los existentes, y ésta debe ser la obra de vuestra sabiduría”.

Luego se detiene el autor en la vida aventurera de don Pedro Fermín de Vargas, “el último economista de la Colonia y el primero de la naciente República”.

El amplio estudio sobre la Regeneración, que ya había sido publicado por el Banco de la República en este mismo Boletín (vol. 28, núm. 26, 1991, págs. 3-25), está lleno de ideas sugestivas. Lo primero que sorprende es constatar que en materia económica don Miguel Antonio Caro estaba lejos de ser el retrógrado que nos tratan de pintar. Muy por el contrario, su pensamiento solía adelantarse en décadas a lo que finalmente iba a hacer el país con éxito. El famoso dogma de Núñez: “fijaremos en doce millones de pesos el máximo de papel moneda nacional, comprometiéndonos, como hombres de honor y de cordura, ante todos los grandes intereses económicos, a no traspasar este límite por ningún motivo”, ha sido interpretado como magia, prestidigitación o, a lo sumo, imaginación calenturienta del cartagenero. Restrepo sale al quite: “Pero, ¿de dónde salió la cifra de los doce millones? ¿Acaso la sacó el señor Núñez del sombrero de su notable imaginación, así como sacó de allí tantas otras cosas? No. La cifra de los doce millones tenía su razón de ser: este monto correspondía

aproximadamente al valor de las rentas del gobierno durante un año”.

La conclusión no deja lugar a dudas: “las emisiones llevadas a cabo durante las administraciones de Núñez, Holguín y Caro, no fueron imprudentes, ni entorpecieron el desarrollo económico nacional”. Más bien, la explicación está en que “las acerbas críticas de muchos a los gobiernos y congresos que usaron del papel moneda, eran la consecuencia obligada de la ignorancia del país y de su falta de experiencia en estas materias”.



“Cuando la Regeneración defiende la idea del monopolio de emisión, estaba adelantándose también cuarenta años a la aguda polémica que sólo tendría punto final con la creación del Banco de la República en 1923”. Como cuando Miguel Antonio Caro, en su célebre controversia con Miguel Samper, sostiene que “el país necesita y seguirá necesitando la moneda fiduciaria, forma moderna y fecunda del crédito. La moneda de papel, como la imprenta, como el vapor, como el teléfono, forma parte de la civilización moderna”.

Restrepo no ha ocultado nunca su admiración por Esteban Jaramillo, ese ministro conservador que, como el propio Restrepo, surgió para poner orden después de que gobiernos liberales dejaran la economía nacional bastante maltrecha. “En lo que diferían los políticos y financistas de aquella época era en si el poder de



emisión de los billetes debía autorizarse a los bancos privados o si esta responsabilidad debía centralizarse en un banco único que monopolizara el privilegio de emisión. Esteban Jaramillo toma partido por esta segunda posición muy claramente desde 1918”.

A Esteban Jaramillo le tocó lidiar con todo: la crisis económica de la primera posguerra; la época de la prosperidad al debe; y, finalmente, la gran crisis económica del decenio de los treinta y el financiamiento de la guerra colombo-peruana. Su manejo de la crisis del 29 es realmente impresionante, tanto que podríamos afirmar que Jaramillo fue el primer keynesiano de nuestra historia económica. Las memorias que como ministro de Hacienda de la administración Olaya Herrera presentó al Congreso Nacional, durante los años 1932, 1933 y 1934, constituyen el testimonio más autorizado de que disponemos sobre el manejo que se le dio en Colombia a la gran depresión.



Su libro *La reforma tributaria en Colombia, un problema fiscal y social*, publicado en 1918, fue la primera defensa organizada que se hizo en el país de la tributación directa sobre la renta. Le llovieron, por supuesto, todo tipo de críticas, pero terminó imponiéndose.

En sus diversos libros, Juan Camilo Restrepo ha venido insistiendo en un factor casi siempre obviado

por los estudiosos: el desarrollo de las vías de comunicación: “Los altos costos del transporte, asociados a la precariedad de las vías de comunicación, son un factor explicativo de trascendental importancia para entender el ensimismamiento y la fragmentación social con que se desenvolvió la vida colombiana a lo largo del siglo XIX”. El comercio en Colombia se hizo “a lomo de mula”. “El problema del transporte durante el siglo XIX fue tan monumental que, a juicio del profesor Safford, acá radica una de las explicaciones del debilitamiento político del régimen radical, y una de las razones que conduciría a la Regeneración”.

Una adecuada lección de este libro es que la morigeración en materia monetaria ha sido una constante en la historia del pensamiento conservador. ¿Y en la práctica? Que aunque el partido liberal fue mayoría indiscutida durante todo el siglo XX en el país, fueron los ministros de Hacienda conservadores los que salieron al quite y salvaron la situación en los momentos más difíciles causados por despilfarros o malas administraciones liberales. Y esto desde Esteban Jaramillo hasta Juan Camilo Restrepo.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## Una telaraña de razones y vaivenes

**Crónicas históricas de la educación en Colombia**

Humberto Quiceno Castrillón  
Cooperativa Editorial Magisterio,  
Bogotá, 2003, 335 págs.

En la introducción a este libro, leemos: “La crónica es ficción, narración e invención, aunque se haya hecho, o se haga, sobre el presente o sobre el pasado. Inventar en el cruce de tiempos y espacios, otra memoria que nos permita desprendernos de un pasado ilusorio que

siempre obra como máscara de identificación, eso es la crónica. Detrás de una crónica no hay que buscar una verdad, o la constatación de los hechos, de lo que así fue o de la ‘verdadera historia’; la crónica, ni oculta ni dice la verdad, porque es una narración que inventa o descubre inventando la posibilidad de que algo pudo ocurrir de cierta manera y deja la puerta abierta para que se produzca otra forma de contar la historia” (pág. 9). Reitera enseguida el autor que las crónicas que va a escribir intentan “ser otra memoria que ya no recuerde lo que fuimos, sino que inventen o se atrevan a decir lo que queremos ser”. Esta declaración lo compromete seriamente. En lugar de propiciar y hacerle más laxa, más irresponsable, la tarea al cronista, al novelista, lo insta a crear la narración consistente que haga valer una *fábula* como relación, relato verídico de los hechos, las circunstancias, el ambiente de una época, el siglo XIX, por ejemplo, en las tres etapas que se propone recrear el autor, desde 1819 a 1875, después de 1886 a 1920 con la llamada *Regeneración* y, por último, de 1920 a 1961, a partir de la época en que, según el autor, emergen las Ciencias Humanas. Hacer una crónica que “ya no recuerde lo que fuimos”, insiste, dando por sentado “lo que fuimos”, cuando uno todavía, y siempre, pregunta, ¿qué pasó?, y aún, ¿qué pasa, hoy, con esta nación y con la educación, que no dan pie con bola? Sin embargo, con todo y lo dicho en esta introducción, desde el mero principio del texto, describiendo las oposiciones entre Bolívar y Santander, Quiceno se apegaba celosamente a los “hechos” y apela continuamente a la razón, esgrimiendo una suerte de *dialéctica negativa* que revela su esquema, a partir del cual va a desarrollar el texto, las dualidades, las oposiciones, la bipolaridad entre dos agentes, dos conceptos, dos modalidades de ejercer el poder, dos posiciones. Aquí no hay pueblos, no hay minorías en acto, hay individuos singulares, igual que ocurre en Macondo, Bolívar y Santander, en la Gran Colombia, y a todo su largo, la historia es vista a través de sus indi-